



PROGRAMA UNIVERSITARIO
DE ESTUDIOS SOBRE
DEMOCRACIA, JUSTICIA Y SOCIEDAD



DOCUMENTO DE TRABAJO 4

Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad | Febrero 2021

Debates analíticos

Fundamentos teórico-metodológicos de Tlatelolco Lab

Nueve dimensiones para el estudio
de las luchas por la democracia

John M. Ackerman
Julián Atilano
Eloy Caloca Lafont
Adrián Escamilla
Luis Ángel Escobar
Erika Pérez
Mariel Zasso
Martín Zumaya
Autores

FEBRERO 2021



Documento de trabajo 4

Fundamentos teóricos de Tlatelolco Lab. Nueve dimensiones para el estudio de las luchas por la democracia

El presente documento de trabajo fue elaborado por investigadores adscritos al Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad (PUEDJS) de la Universidad Nacional Autónoma de México.

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Programa Universitario de Estudios sobre Democracia,
Justicia y Sociedad, Torre UNAM-Tlatelolco, Piso 13
Ricardo Flores Magón número 1, Colonia Nonoalco Tlatelolco
Alcaldía Cuauhtémoc, Código Postal 06995, Ciudad de México
www.puedjs.unam.mx

Cómo citar:

Ackerman, John, Julián Atilano, Eloy Caloca Lafont, Adrián Escamilla, Luis Ángel Escobar, Erika Pérez, Mariel Zasso y Martín Zumaya (2021), "Fundamentos teóricos de Tlatelolco Lab. Nueve dimensiones para el estudio de las luchas por la democracia", Documento de Trabajo núm. 4, PUEDJS, UNAM, México, 43 páginas.

Portada y diseño editorial: María Fernanda Galeana Berber y María Luisa Franco Muñoz



Este documento se realizó en el marco del Proyecto **299452** "Democracia, culturas políticas y redes socio-digitales en México en una era de transformación social" adscrito a los Programas Nacionales Estratégicos del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (PRONACES-CONACYT), el contenido y opiniones son responsabilidad exclusiva de los autores.

| **contacto: puedjs@humanidades.unam.mx**



ÍNDICE

1. Bases epistemológicas de Tlatelolco Lab	4
1.1. Perspectivas críticas para el estudio de las tecnologías digitales	5
1.1.1. Redefinir la tecnología	5
1.1.2. La tecnopolítica y la política en Internet	6
1.1.3. Las tecnologías en el debate democrático	8
1.1.4. El papel de los laboratorios de datos en la democratización	8
1.1.5. El Laboratorio Digital para la Democracia (LDD)	9
1.2. Perspectivas críticas sobre la democracia y las culturas políticas	11
1.2.1. Una nueva definición de democracia	11
1.2.2. El estudio de las culturas políticas	15
1.3. El modelo multidimensional de Tlatelolco Lab	17
2. Las capas de la realidad sociopolítica	18
2.1. La capa física	19
2.2. La capa mediática	21
2.3. La capa digital	23
3. Los enfoques analíticos	26
3.1. Polarización y desinformación	27
3.2. La disputa de narrativas	29
3.3. La economía política	31
4. Las temporalidades de análisis	34
4.1. Coyunturas	34
4.2. Eventos o hechos sociales	34
4.3. Conflictos estructurales de larga duración	35
5. Productos de investigación	36
5.1. Informes de coyuntura	36
5.2. Estudios de caso	37
5.3. Informe anual	37
Referencias	39

▶ 1. Bases epistemológicas de Tlatelolco Lab

Tlatelolco Lab es un equipo interdisciplinario dedicado a la investigación y la defensa de la democracia y al análisis de las coyunturas, eventos y conflictos de larga duración que afectan los debates públicos clave en el contexto político del México contemporáneo. En el presente documento de trabajo se explican los principios y marcos teóricos que nos distinguen como laboratorio, abordando también cómo observamos y estudiamos la tecnología, la comunicación, los entornos digitales, y los conflictos y acontecimientos alrededor de los procesos democráticos. Asimismo, incluimos una explicación detallada del modelo teórico-metodológico de nueve dimensiones desarrollado por Tlatelolco Lab para el sustento de sus investigaciones.

→ 1.1. Perspectivas críticas para el estudio de las tecnologías digitales

→ 1.1.1. Redefinir la tecnología

Desde sus orígenes, las sociedades democráticas han procurado la emergencia de diversos espacios, herramientas y procedimientos para garantizar la organización y deliberación colectivas ante distintas problemáticas (Bobbio, 1982). En este sentido, el uso de la tecnología como marco o dispositivo¹ para que las y los ciudadanos se encuentren, conversen, posicionen agendas, exijan sus derechos y participen en discusiones públicas resulta indispensable, sobre todo si se considera que las tecnologías pueden sistematizar y optimizar procedimientos para la toma de decisiones.

En Tlatelolco Lab definimos la tecnología, en términos amplios, como un ensamblaje dinámico de máquinas, actores, conocimientos, algoritmos, actividades y voluntades que se interrelacionan entre sí (Simondon, 1953; Mitcham, 1994; De Landa, 2016;

¹ Según Butler (2010) un marco (frame) entendido como marco epistemológico, normativo o social, consiste en una serie de principios para concebir, aprehender y calificar realidades y comportamientos. Constituye un deber ser de procesos ideales, lógicos o morales que separa lo precario de lo adecuado o lo correcto de lo incorrecto (Canseco, 2018). A su vez, un dispositivo (dispositif) es una maquinaria o un tipo de ensamblaje que reúne territorios, sujetos, flujos (de energía, capital financiero, información, etcétera) prácticas y códigos. Contiene partes tangibles (extensiones, cuerpos, objetos técnicos) e intangibles (lenguajes, afectividades) y se distingue por ser integrado y accionado para producir algo, en ciertas condiciones (Deleuze, 1989; Dallorso, 2012). A diferencia de otros ensamblajes como los ecosistemas naturales, los dispositivos son creados por las sociedades humanas, con el fin de garantizar la concentración de poder y el control de unos grupos sobre otros (Deleuze, 1995).

Martínez de la Escalera y Lindig, 2019). Por ensamblaje (assemblage) entendemos, un gran conjunto heterogéneo con componentes territoriales, materiales, humanos y simbólicos que interactúan en red y bien puede dividirse en conjuntos más pequeños (Villapudúa, 2019). No consideramos que la tecnología sea siempre neutral, comprendida como un grupo de técnicas y máquinas que no afectan positiva ni negativamente a la sociedad, pues hemos observado que todas las tecnologías se encuentran situadas en contextos políticos, económicos y culturales que delimitan su innovación, creación y funcionamiento². Por esta razón, nos enfocamos en quién, cuándo, dónde y cómo se producen y utilizan los ensamblajes tecnológicos, además de entender qué son o cómo operan. Es así que, cuando hablamos de tecnología, no sólo nos referimos a una suma de objetos y técnicas, sino también a la dimensión social de la tecnología o sociotecnología, que se enfoca en los intercambios que existen entre las máquinas, comunidades e instituciones (Latour, 2008).

A partir de estas reflexiones, no nos posicionamos dentro de un determinismo tecnológico que plantea que las tecnologías sobredeterminan al mundo social, pero sí postulamos que las tecnologías poseen implicaciones sociopolíticas de relevancia. En este sentido, la ontología de una tecnología específica conllevaría dos partes: su razón de ser o fundamento, que permitiría entender sus funciones ideales, implícitas en su composición; y su funcionamiento, que podría entenderse como el accionamiento práctico de dicha tecnología, y que se encuentra atravesado por relaciones de poder, tensiones entre actores y modificaciones del entorno. No es que las tecnologías siempre se transformen y adapten a sus contextos, puesto que tienen alcances y limitaciones en su propio diseño, conocidas como enactivaciones o affordances (Norman, 1999). Más bien, postulamos que lo tecnológico se encuentra siempre en disputa entre la perpetuidad y el cambio.

Consideramos, en línea con Deleuze (1987) que todas las tecnologías poseen, tanto contenciones o fuerzas que las llevan a funcionar siempre de la misma forma y a modificarse muy poco en sus disposiciones, como fugas que les permiten mutar hacia nuevas funciones. Mientras existen maquinarias rígidas, con un profundo control en sus procesos técnicos, hay otras más flexibles, abiertas a ser intervenidas y reinterpretadas. Por otro lado, tomamos en cuenta que la tecnología no sólo se integra de componentes tangibles, sino también de elementos técnicos inmateriales, como los códigos, los algoritmos y las normas. Por ello, no sólo las máquinas técnicas pueden concebirse como tecnologías, sino también los lenguajes, los sistemas y los protocolos (Galloway, 2011).

² La conceptualización de la tecnología como algo neutral, despojada de aspectos sociales, ha llevado a que algunos grupos afines al pensamiento neoliberal defiendan la tecnocracia, que postula que los procedimientos, técnicas y sistemas con supuesto respaldo científico se pueden aplicar en diferentes situaciones políticas indistintamente, como si fueran fórmulas universales. Esto lleva a que se quieran tratar las problemáticas de gobiernos y sociedades como asuntos técnicos, sin considerar la complejidad y multiplicidad de los fenómenos humanos (Žižek, 2008).



Con estas premisas, es posible comprender por qué la tecnología se ha vinculado tan estrechamente con la democracia, ya que las instituciones gubernamentales de un régimen democrático requieren de maquinarias y procedimientos para operar, y lo mismo ocurre con las comunidades que se asocian en pos de una causa colectiva, protestan en las calles, confrontan ideas o construyen alianzas, pues toda manifestación ciudadana requiere de cierta dimensión tecnológica para visibilizarse y hallar modos de representación (Schwartz, 2002; Shirky, 2012). Incluso, puede decirse que la tecnología permite el tránsito de los entornos privados a la esfera pública, puesto que facilita el registro y reparto de los bienes comunes, la comunicación directa con el gobierno, la rendición de cuentas y la libertad de expresión (Regan, 1995)³. Asimismo, lo tecnológico permite la formación, difusión y tensión de narrativas para consolidar imaginarios sociales sobre lo político, facultando u obstruyendo dinámicas de negociación y de conflicto (Chomsky, 1991).

→ 1.1.2. La tecnopolítica y la política en Internet

En la creación y disputa de diferentes asuntos políticos, la intervención de las recientes tecnologías se vuelve crucial, puesto que existen relaciones entre la creación de artefactos tecnológicos y los problemas y fines políticos (Winner, 1985). La tecnopolítica, que en términos de Edwards y Hecht (2010) es “la hibridación de sistemas técnicos con prácticas y grupos políticos que produce nuevas formas de poder y de agencia⁴” (p. 6) faculta la formación y acción de diferentes culturas políticas, no sólo al brindar herramientas para su visibilidad, sino también para facultar su propia definición y panorama de actividades. En apartados posteriores de este documento hablaremos detenidamente sobre el concepto de cultura política, pero podemos adelantar que se trata del conjunto de conocimientos, actividades, valores, opiniones y actitudes que caracterizan a un individuo o grupo en relación con los debates políticos (Almond y Verba, 1965).

3 La esfera pública es, en la conceptualización de Habermas (1962), la integración de espacios donde ocurre la participación ciudadana, siempre y cuando esta participación sea proactiva y busque el desarrollo democrático. En esta esfera intervienen gobiernos, empresas, medios de comunicación, grupos de representación de todo tipo y ciudadanos sin membrete, en su calidad de sujetos políticos libres.

4 Puede entenderse la agencia como la capacidad de los sujetos para actuar con libertad e incidir en su realidad social. Algunas características de la agencia son: a) que se amplía o restringe en sistemas sociopolíticos donde se protege la individualidad de la persona; b) que se delimita por normas y acuerdos; c) que está encauzada o acotada por las capacidades físicas, económicas, temporales o espaciales de las personas; y d) que se va modificando conforme los sujetos se afectan unos a otros (Barandiaran, Di Paolo y Rohde, 2009).



Hablando específicamente de Internet como tecnología política, puede decirse que las diversas plataformas en línea operan como territorios donde entran en conflicto múltiples imaginarios sobre el poder y la sociedad. Es por eso que, para Dahlgren (2006) la ecología de plataformas sociodigitales promueve distintos modos de “expresión pública, accesos, debates, instituciones y dinámicas de cooperación o de exclusión” (p. 148). Esto permitiría hablar de culturas que, además de ser políticas, se constituyen como tecnopolíticas, puesto que diseñan o utilizan estratégicamente las tecnologías digitales “para consolidar, personificar (embody) o accionar (enact) propósitos políticos” (Hecht, 2011: p. 6).

Sobre Internet como esfera pública digital o entorno de interacción política, algunos autores presentan una mirada optimista, mientras que otros, en cambio, se muestran escépticos sobre las posibilidades reales de la digitalidad para abrir debates horizontales. Jenkins y Thoburn (2003) por ejemplo, han destacado el potencial de las tecnologías digitales para “expandir y revitalizar las deliberaciones y conversaciones del espacio público, [al permitir] la discusión de importantes asuntos cívicos (civic concerns) y consensos” (p. 3). Para estos autores, “el acceso a la Web asegura la propagación de ideas revolucionarias e innovadoras”, promulgando la libre expresión más allá de las censuras gubernamentales o corporativas. Sin embargo, Jenkins y Thoburn no dejan de estar al tanto de que las plataformas pueden dejar de ser plenamente participativas tan pronto como son monopolizadas por grupos de poder político o financiero, ni descartan que, junto con el empoderamiento de culturas tecnopolíticas propositivas, se puede también favorecer a los “reaccionarios, intolerantes y racistas”, de modo que “lo que resulta en diversidad para una persona, es anarquía para otra” (p. 15).

Desde otra perspectiva, más afín a la economía política, Morozov (2018) ha comparado las plataformas de Internet con otros ensamblajes sociotécnicos previos como los medios de comunicación, la prensa o la telefonía, señalando que las plataformas

no pueden separarse de las condiciones políticas, económicas ni sociales que abren o cierran la interconexión, la circulación de propaganda, la vigilancia, el acoso (harassment), la censura o el espionaje, dependiendo de los poderes que las controlan. (...) Por eso el debate es tan complejo. Para la proliferación de tecnologías digitales que motiven mejores contextos políticos, sería necesario generar otras condiciones para la producción y circulación de la información, debilitando el papel vertical de las autoridades dogmáticas.

En Tlatelolco Lab consideramos que no todos los espacios mediáticos ni digitales fomentan la democracia, pero que sí pueden existir posibilidades para abrir debates democráticos desde los entornos tecnológicos. Tal es el caso de Twitter, Facebook, Instagram o YouTube. Todas estas plataformas no fueron generadas para la acción política directa, sino bajo la lógica del capitalismo de datos, de plataformas y de la vigilancia (Meyer y Schonberg, 2018; Srnicek, 2019; Zuboff, 2019). Es por eso que, a

pesar de permitir la presencia y expresión de multitudes conectadas y activismos en red, favorables para el cambio social (Rovira, 2016) estas plataformas no detienen la extracción ni el procesamiento de datos personales, la publicidad personalizada, ni la curación algorítmica de contenidos a través de burbujas de filtrado.

→ 1.1.3. Las tecnologías en el debate democrático

En el panorama actual, la razón neoliberal ha sostenido una visión oligárquica y excluyente de la democracia en donde los actores, agendas y, por supuesto, tecnologías que abren la participación política son propiedad de élites institucionales o corporativas. Esto limita los foros y oportunidades para la discusión ciudadana, pero también lleva a que los medios masivos de comunicación adopten imposiciones y limitaciones, o a que Internet, que se concebía como una tecnología esperanzadora para la transformación social, se convierta en un territorio en disputa donde se reproducen los hostigamientos, ataques, desigualdades o prácticas nocivas de otros ámbitos políticos (Ricaurte, 2012, 2013).

Por eso, existe un creciente interés por investigar la incidencia de los medios y plataformas sociodigitales en los procesos democráticos, las contiendas entre culturas políticas en los ecosistemas mediático y digital, y los riesgos que los abusos de poder o los discursos de miedo y de odio suponen para propiciar genuinos procesos democráticos en y con las tecnologías. Sólo así será posible pasar de una democracia de partidos y autoridades lejanos a la ciudadanía a la diversidad y articulación de espacios y ensamblajes tecnológicos donde se impulsen iniciativas libres y horizontales (Lessig, 2006, 2019).

→ 1.1.4. El papel de los laboratorios de datos en la democratización

El interés por vincular la tecnología y la democracia ha generado una serie de iniciativas, tanto académicas como extraacadémicas, orientadas a contribuir, por una parte, al monitoreo y análisis de la complejidad de los eventos y cambios políticos, y por otra, al entendimiento de la multiplicidad de mecanismos para controlar los flujos de información y de datos, al igual que los discursos en torno a discusiones específicas. En esta línea, los laboratorios de datos o data labs son lugares y grupos de investigadores que contribuyen a observar las trayectorias del debate mediático o digital, o bien a plantear diagnósticos y recomendaciones ante ciertas problemáticas.

El laboratorio, según Latour y Woolgar (1995) es un área de experimentación y de diseño de proyectos en la búsqueda de verdades que puedan ser argumentadas científicamente o empíricamente; sin embargo, es también “un espacio agonístico y de trabajo productivo” (p. 267) puesto que en cada laboratorio hay confrontaciones entre distintas

versiones y posibilidades para explicar la realidad que, al final, terminan por alinearse con las prioridades, contextos y objetivos de los investigadores, financieros e instituciones que sostienen al laboratorio en sí. Esto no sólo es aplicable a los laboratorios de ciencias exactas, sino también a los llamados laboratorios de datos antes mencionados, que se definen como espacios dedicados a la innovación de proyectos ciudadanos o a la investigación de asuntos políticos o de tendencias actuales, sustentándose en informática y ciencia de datos, utilizadas para extraer, fragmentar (crunching), analizar, visualizar y contrastar grandes bases de datos o datasets (Talend, 2019).

Los estudios de este tipo de laboratorios, cuando se enfocan en el ámbito de la tecnopolítica, se enmarcan dentro de las llamadas ciencias sociales computacionales (computer social science) y tienden a llevarse a cabo por grupos mixtos de expertos que conjuntan los bagajes teóricos, los conocimientos técnicos y el análisis político (Lazer, Pentland, Adamic et al. 2010). Asimismo, los laboratorios de datos generan investigaciones que pueden emitirse en publicaciones académicas o colocarse en repositorios y materiales abiertos (sitios web, plataformas, videos). También pueden compartir, tanto proyectos elaborados (resultados de investigación) como solamente sus bases de datos o visualizaciones, en la búsqueda de que otros equipos de académicos y ciudadanos las utilicen para futuros estudios.

→ 1.1.5. El Laboratorio Digital para la Democracia (LDD)

En Tlatelolco Lab nos autodenominamos como un laboratorio digital para la democracia (LDD) que es un punto de encuentro entre las infraestructuras, experiencias y técnicas de los labs de datos; el rigor y las discusiones de los centros de investigación; y la cercanía con la ciudadanía de las organizaciones activistas. Opera como un organismo dinámico en el que pueden participar por igual instituciones académicas o públicas, investigadores afiliados e independientes, grupos políticos, asociaciones civiles, ciudadanos y ciudadanas autónomos, y expertos en distintas materias tan variadas como la computación, la ciencia de sistemas complejos, los estudios políticos, las ciencias sociales y las humanidades.

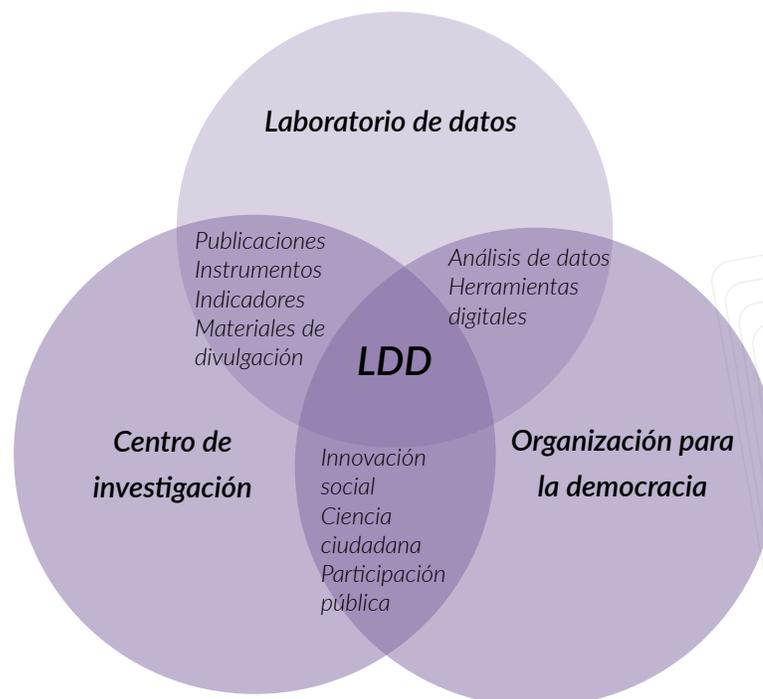
Un laboratorio digital para la democracia es un tipo de laboratorio ciudadano o citizen lab que requiere de un equipo base, pero también puede abrirse al intercambio con invitados, a los convenios por proyectos y a la puesta en marcha de eventos, foros e iniciativas para trabajar con la ciudadanía en general⁵. Asimismo, por su respaldo de

5 Los laboratorios ciudadanos (también llamados laboratorios sociales o social labs) son espacios de investigación e innovación colectiva donde miembros fijos y participantes invitados, en su calidad de ciudadanos, discuten distintas problemáticas y generan soluciones para el cambio social o político. Estos laboratorios pueden ser enclaves de diferentes instituciones y tener múltiples formas de financiamiento, aunque se procura que no estén sometidos a la iniciativa privada. Hoy día, existen varias manifestaciones de los laboratorios ciudadanos: los living labs o talleres de prototipado ciudadano, los makerspaces, los hacklabs, los medialabs y algunos data labs (Hassan, 2014; Política Comunicada, 2018).

la ciencia de datos y de las ciencias sociales computacionales un LDD puede ser crucial para entender las relaciones entre democracia y tecnología, así como la dimensión tecnológica de distintas transiciones y conflictos políticos. De igual manera, los LDD pueden aproximarse a las formas en que las tecnologías son apropiadas, modificadas o incluso mal utilizadas por distintos actores individuales y colectivos en la defensa de sus causas e intereses.

En el caso concreto de Tlatelolco Lab, el laboratorio se encuentra ubicado y administrado en un ambiente académico al depender del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad (PUEJJS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). No obstante, los laboratorios digitales para la democracia pueden ser esfuerzos de instituciones gubernamentales, organismos internacionales, asociaciones civiles o colectivos autónomos. Es muy importante anotar que no todos estos laboratorios trabajan en pro de la democracia por el mero hecho de existir, sino que muchas veces representan los intereses y perfiles ideológicos de los grupos e instancias que los crean y mantienen. Por esto, es conveniente garantizar la autonomía, autosustentabilidad y libertad de los laboratorios, buscando que su compromiso con la democratización y la ciudadanía estén por encima de las tramas de poder. En este sentido, Tlatelolco Lab conserva y defiende los valores de la UNAM, tales como la horizontalidad, la apertura al diálogo y la pluralidad y diversidad en los debates públicos.

Figura 1. Esquema de un Laboratorio Digital para la Democracia (LDD)



Fuente: Elaboración propia

Algunos objetivos de un LDD consisten en: 1) analizar y visualizar datos sociodigitales y digitalizados para la explicación de casos y coyunturas de orden político; 2) innovar indicadores e instrumentos de investigación y ciencia ciudadana; 3) generar herramientas digitales para el uso informado de la sociedad; 4) producir materiales académicos y de divulgación; y 5) fomentar la innovación social y la participación de la ciudadanía. Asimismo, dicho laboratorio digital puede ser clave en el estudio de la economía política de Internet y de los medios electrónicos; el combate a la desinformación; la revisión crítica de acontecimientos históricos o coyunturas políticas recientes; la promoción de la igualdad y del respeto a las diversidades (étnicas, de género, ideológicas, etcétera); el estudio de los movimientos sociales, en relación con los medios y las plataformas sociodigitales; el debate de teorías, esquemas y conceptos sobre la democracia y el quehacer político; y la comprensión de aquellas disputas de narrativas que surgen en los entornos digitales, mediáticos y cotidianos.

► 1.2. **Perspectivas críticas sobre la democracia y las culturas políticas**

→ 1.2.1. Una nueva definición de democracia

A pesar de sus debilidades, la democracia sigue siendo una forma de gobierno y de vida aceptada por la ciudadanía, en la medida en que se sigue asociando a la posibilidad de mejorar las condiciones personales y colectivas, de aumentar los espacios de decisión e incidencia de la población en la toma de decisiones, así como de solucionar problemas y gestionar la compleja conflictividad política y social (Morlino, 2014; O'Donnell, 2007; Castells, 2017; Ackerman, 2015; y Bobbio, 1984). Existen varios tipos de democracia según sus procedimientos —directa, representativa, sectorial— pero, en suma, los gobiernos democráticos son aquellos en donde se solicita la opinión y el involucramiento de las y los ciudadanos en la toma de decisiones (Sartori, 2013). Incluso, en términos ideales, en una democracia se busca la participación de tantos miembros de una sociedad como sea posible: el *hoi polloi* o “los muchos”. En el esquema de la democracia, las personas que conforman la ciudadanía son conscientes de su condición de agentes activos en la construcción de un mejor entorno social, fundado en principios y valores que son democráticos en sí mismos, como la igualdad, el diálogo y la justicia social.



A través del tiempo, el concepto de democracia se ha trabajado desde múltiples enfoques: el institucionalista o poliárquico, que plantea que las decisiones deben conferirse a instituciones que representen a los ciudadanos (Dahl, 1971); el estatista, que confiere a un comité central del Estado el rumbo de la ciudadanía, garantizando, ante todo, la igualdad económica y social (Bensaid, 2010); y la visión participativa, que considera que los ciudadanos deben tener acceso directo a espacios y tecnologías autogestivas que faciliten la expresión de sus opiniones y acción colectiva (Espinosa, 2009). No obstante, en los últimos años, la forma de conceptualizar la democracia ha estado atravesada por una lógica liberal, y más recientemente, neoliberal, que defiende las oligarquías, permite las desigualdades, y coloca a los sujetos como “individuos atómicos”, desvinculados de lo social y empeñados en la búsqueda de la maximización personal⁶.

A partir de la mirada del neoliberalismo, las y los ciudadanos no son actores políticos autónomos que deben tomar las calles, medios de comunicación o plataformas sociodigitales en condiciones equitativas, pues su incidencia está delimitada o potenciada por su poder económico, sus privilegios (fenotipo, género, nivel educativo, ubicación geográfica, relación con las élites) o su posición social (ascendencia, propiedades, acceso exclusivo a reuniones y acuerdos). De este modo, el neoliberalismo plantea que la democracia posee estructuras jerárquicas y capitales que abren o cierran las posibilidades de participar, por lo que, en Tlatelolco Lab nos oponemos terminantemente a esta interpretación limitante y perniciosa de lo democrático.

Esta mirada hegemónica sobre la democracia ha ocultado las múltiples y diversas prácticas democráticas cotidianas, individuales y colectivas, que dan forma a las culturas políticas de nuestros países latinoamericanos, y que representan la riqueza política de nuestras naciones. Estas formas escapan a los instrumentos metodológicos usados hegemónicamente en las ciencias sociales; son invisibilizadas, pero están ahí. Por esto, Tlatelolco Lab se muestra afín a una democracia genuinamente participativa, de abajo hacia arriba (bottom-up) es decir, dando prioridad a la población sin membretes, por encima de las élites, en donde existan marcos para que cualquier ciudadano o ciudadana, personal o grupalmente, pueda plantear sus ideas y actividades políticas (Sommerville, 2011). Un sistema pluralista, abierto al libre intercambio de ideas, sin importar condiciones económicas ni demográficas, y respetando toda preferencia, género, causa y agenda social (Burtenshaw, 1970). Lo anterior, claro está, siempre y cuando se cuide el diálogo democrático mismo y la equidad de todos, lo cual hace que en Tlatelolco Lab rechacemos toda forma de engaño, corrupción, guerra sucia, desinformación o golpismo, y que, en cambio, nos pronunciemos a favor del derecho a la disidencia y de la construcción de argumentos por el contraste de posturas.

⁶ Otras características de la conceptualización liberal y neoliberal de la democracia son: el desdén a la dimensión colectiva de la ciudadanía; que se entiende a la economía separada de la política; que se reduce la política y el gobierno a un asunto instrumental e institucional; y que se impone la idea de que la participación ciudadana entorpece la eficiencia gubernamental (Harvey, 2005).



Aquí, es importante establecer que hay dos grandes visiones de la democracia, según los resultados que esta pretende: la deliberativa, que plantea que los procesos democráticos deben concentrarse en la esfera pública, llegar a soluciones y cerrar polémicas (Habermas, 1962) y la agonista, que se inclina más por no clausurar las discusiones ni los foros de encuentro, y dejar que los ciudadanos aporten distintos puntos de vista, sin temor al disenso ni a un conflicto ordenado. En este sentido, nos inclinamos por una idea de democracia radical, tomando el término de Mouffe (1993, 2010): una democracia donde no se privilegie la visión de poderes financieros o gubernamentales en la búsqueda de terminar con controversias, y que, por el contrario, permita que se lleven el debate y la conversación hasta sus últimas consecuencias. Con esta visión llegan nuevos postulados teóricos para el concepto de democracia, pues se recompone la ontología política; es decir, el ser y el deber ser de ciudadanos, gobierno y acciones colectivas.

La ciudadanía, por ejemplo, deja de asumirse como una masa y pasa a ser una suma crítica y plural de individuos, cada una y uno con una mirada diferente. Del mismo modo, no se plantea que existan valores únicos ni fines últimos que se apliquen a todas las sociedades, como establece el paradigma liberal, sino planteamientos en discusión permanente. No hay tal cosa como “temas de la política”, ni “agendas relevantes”, sino que lo político se extiende a todos los ámbitos de la vida social, y los debates públicos surgen y se recomponen conforme se modifican los acontecimientos (Lazzarato, 2016). Con esto, el concepto de poder pasa, de definirse como una posición monolítica y fija que siempre se detenta y legitima por las instituciones o por las corporaciones, a volverse una condición fluida y cambiante que puede ejercerse por cualquier persona o colectividad que, haciendo uso de ciertas facultades y en determinadas coyunturas, logre empoderarse (Foucault, 1978). Así, la política no se vuelve sólo “la llegada a puestos y cargos de poder”, sino una disputa por la adquisición de dispositivos para conseguir y ejercer poderes de cualquier tipo (mediáticos, morales, académicos, religiosos, etcétera).

Así como existen imposiciones para legitimar y hacer permanecer ciertos regímenes, también existen posibilidades para la resistencia y agencia de los inconformes (Morey, 2010). Por ende, en esta mirada tampoco hay una sola idea de revolución ni se defiende ante todo la lucha armada o la toma de las instituciones, sino nuevas formas de organización colectiva y de protesta ciudadana dentro y fuera del gobierno (Ackerman, 2017). Se valora la subjetividad y no solamente la ideología, puesto que los afectos, los intereses vinculados al cuerpo, a la defensa del territorio y a las prácticas comunitarias, así como los pensamientos ajenos a la racionalidad de Occidente (las tradiciones, creencias o saberes ancestrales) adquieren tanto peso como los temas económicos o estrictamente institucionales (De Sousa Santos y Meneses, 2009). Es de esta forma que



los sujetos políticos ya no son entidades uniformadas ni desprovistas de personalidad, sino actores dinámicos y autodeterminados, capaces de aliarse o confrontarse a partir de las necesidades que presenten las circunstancias agonísticas.

Uno de los objetivos del Tlatelolco Lab es dilucidar qué tipo de democracia se vive en México, así como entender los obstáculos y oportunidades que posee la democratización en las diferentes coyunturas y eventos sociales de nuestro país. Para hacerlo, en nuestros estudios de caso pondremos a prueba los siguientes supuestos:

1. Espíritu gregario: Las y los ciudadanos de México son seres gregarios que se involucran en asuntos colectivos, porque se preocupan por la otra, el otro y el nosotros.
2. Indivisibilidad entre lo económico y lo político: En una democracia sustantiva no hay una división entre lo económico y lo político. No hay democracia sin combate a la desigualdad y la búsqueda del bienestar de la población.
3. La democracia como continuo de la vida cotidiana: El quehacer democrático y político es un continuo que va desde la vida privada (decisiones individuales y familiares) y la acción colectiva social hasta el ámbito de lo gubernamental/ estatal; es decir, atraviesa las múltiples esferas de la vida cotidiana.
4. Visión armónica entre eficiencia y participación social: Las acciones gubernamentales o estatales sin participación ciudadana son ineficientes.
5. Reivindicación de la política: La acción colectiva en los procesos de participación ciudadana, de deliberación pública, de articulación de movimientos sociales que buscan promover o defender derechos son la misma esencia de la democracia sustantiva y de calidad.
6. Las tecnologías digitales como instrumentos políticos: Las tecnologías digitales son espacios de disputa política, en ellos se construye opinión pública y sentidos comunes. La disputa central es si pueden ser sociales y ampliar democracia más allá de ser parte de una estrategia de acumulación económica.

→ 1.2.2. El estudio de las culturas políticas

El estudio de la cultura política es un campo amplio y complejo, por lo que Bard (2018) sugiere una primera clasificación según los enfoques desde los que se ha abordado este concepto: el institucionalista y el interpretativista.

La posición institucionalista, respecto a los fenómenos políticos, suele seguir una metodología cuantitativa en la que se define una idea normativa de cultura política y se “mide” qué tanto se acercan las distintas sociedades a la norma. De acuerdo con la autora, estos enfoques “suponían que, a mayor satisfacción con el orden dominante, mayor era la estabilidad democrática; por tanto, las expresiones de descontento eran antidemocráticas”. Además, desde esta perspectiva, el modelo de democracia estadounidense se coloca como el modelo a seguir, sin contextualizar a los sujetos ni considerar que los valores cambian con el tiempo y las circunstancias. Aún más, los valores considerados democráticos desde esta perspectiva, son aquellos que responden “a la democracia liberal... como la libertad individual, el deseo y oportunidad de consumo, etcétera, negando otros valores y construcciones culturales” (p. 141).

Otra perspectiva de análisis es la interpretativista, que supone un abordaje más culturalista sobre la política en sus diversas expresiones según los grupos sociales y espacios, no necesariamente formales; suele seguir una metodología cualitativa que responde a una visión amplia de cultura política. Se interesa por los sentidos y significados que comparte una sociedad; entiende a ésta no como una suma de individuos, sino como relaciones densas entre sujetos que a largo plazo conforman instituciones y estructuras. Estas relaciones densas y extendidas en el tiempo son las que construyen el sentido de la acción política. Desde esta perspectiva, la cultura política es relacional e intersubjetiva.

De acuerdo con esta clasificación, en Tlatelolco Lab nos interesa adoptar un enfoque interpretativo, con una metodología más cercana a la cualitativa, pues no planteamos la medición de las orientaciones políticas (como en una encuesta, por ejemplo), sino comprender la cultura política entendida como “la forma en que los sujetos construyen su visión del mundo, de la política y de su posición social”, que es también lo que les define como sujetos políticos y que no ocurre sólo en un nivel formal institucional, sino en un continuum que va desde la vida privada y cotidiana a la vida colectiva.

Ahora bien, no hay una sola forma de significar el mundo político, dicho proceso de significación está siempre en disputa, por lo cual es más preciso hablar de culturas políticas, en plural, ya que “existe una diversidad de culturas al interior de la cultura y cómo esta brinda significados para la acción de los/as sujetos, es capaz de producir



cooperación, pero también conflicto” (Bard, 2018, p.146). Esta dimensión disruptiva de la cultura política es fundamental para comprender los procesos de cambio. Si entendemos a la cultura política desde un enfoque que no considera el conflicto, sino que busca el orden, la estabilidad y la unidad, no podríamos dar cuenta de la forma en la que las disputas políticas impulsan, desde el nivel de la vida cotidiana, las transformaciones sociales.

Para Tejera (1996) no se pueden explicar las dinámicas políticas sin entender que los actores se encuentran situados en entornos que enmarcan sus tradiciones, tendencias y percepciones:

Al abordar la cultura política, la antropología no hace referencia exclusivamente a los procesos políticos desde el punto de vista de los cambios que generan las estructuras sociales y las esferas de poder. También toma en cuenta cómo los perciben quienes inciden en ellos. Lo político sería, en este caso, la acción o el conjunto de acciones que confrontan o modifican, de alguna manera, las estructuras de poder existentes. (...) De ahí que la cultura política se entienda como el conjunto de signos y símbolos que afectan las estructuras de poder, (...) así como los mecanismos que permiten la hegemonía (pp. 12 y 13).

Las reflexiones de Tejera (1998) llevan a pensar que las culturas políticas pueden entrar en tensión conforme van legitimando o cuestionando los regímenes de poder. “En una sociedad donde existen relaciones de dominación y de desigualdad con base en la presencia de clases sociales, diversas etnicidades y distintas religiones, entre otros elementos, cada sector manifestará percepciones distintas sobre aspectos similares” (p. 149). Por esta razón, Tlatelolco Lab apuesta por culturas políticas que sostengan la democratización: la apertura hacia las minorías, la visibilidad y ponderación de pensamientos decoloniales, feministas y transformadores, y el bienestar de la ciudadanía por encima del de cualquier grupo corporativo o monopolio.

Sobre esto último, y volviendo al estudio del laboratorio aplicado a casos y problemáticas del contexto mexicano, conviene tener en cuenta una crítica de Bard hacia las corrientes dominantes que han estudiado la cultura política, ocupándose “principalmente de los sectores medios y altos de nuestras sociedades, aplicando sin mediaciones conocimientos que se producen en Europa y Norteamérica, esto es, “colonizando” los contextos locales, reproduciendo lógicas clasistas y androcéntricas para analizar lo que ocurre con otras culturas políticas latinoamericanas”. Estas prácticas no sólo resultan en la invisibilización de las culturas políticas en América Latina, sino que conllevan “la imposibilidad de comprender e intervenir en la realidad para transformarla” (Bard, 2018, p. 152).

► 1.3. El modelo multidimensional de Tlatelolco Lab

Aunque se trata de un laboratorio que trabaja con ciencia de datos, Tlatelolco Lab no solamente se encuentra sustentado en el big data ni en la informática, sino en varias técnicas de investigación iterativas que se combinan para el abordaje de las distintas capas de un fenómeno político. En este sentido, el laboratorio cuenta con expertos en diferentes áreas del conocimiento, por lo que es genuinamente interdisciplinario. Por interdisciplina entendemos, la interacción estratégica de varias disciplinas, además de la combinación y contraste de sus enfoques y herramientas, con el fin de lograr nuevos conocimientos (Van de Linde, 2014).

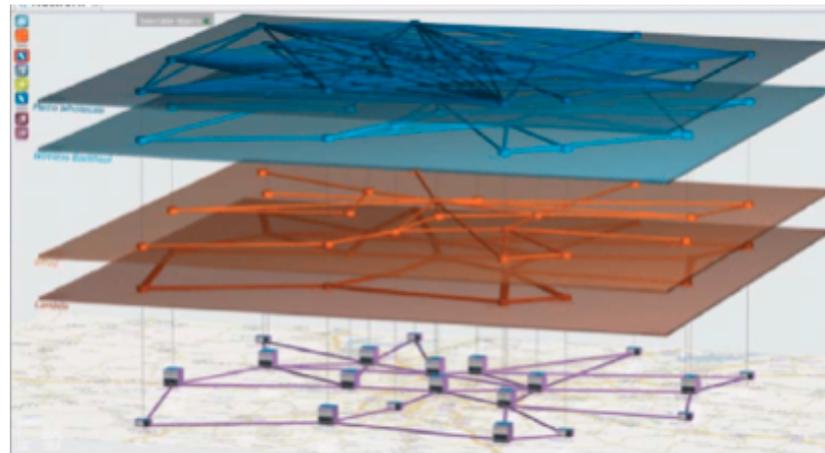
En términos teóricos, el laboratorio parte de nueve dimensiones para investigar fenómenos vinculados con la democracia. Consideramos tres planos distintos de la realidad social o capas: los entornos físicos, representados por las calles y espacios públicos; los mediáticos, que se componen por los medios masivos (mass media); y los digitales, que se concentran en las plataformas de Internet que facultan la comunicación interpersonal. Por otra parte, los investigadores de Tlatelolco Lab utilizamos tres enfoques analíticos que pueden abordar cualquiera de estas capas: los estudios sobre polarización y desinformación, la disputa de narrativas, y finalmente, la economía política con una visión dialéctica. Finalmente, las investigaciones del laboratorio pueden delimitarse según tres distintas temporalidades, a partir de la duración de los eventos a los que se aproximan: la coyuntura, el hecho social, o bien, el conflicto de larga duración con impacto estructural.

► 2. Las capas de la realidad sociopolítica

El modelo teórico-metodológico de Tlatelolco Lab retoma y amplía el esquema de análisis de fenómenos en Internet constituido por Bratton (2015) conocido como La Pila (The Stack) donde se asume que todo lo que ocurre en los entornos sociodigitales se encuentra atravesado por dos dimensiones: la física y la digital⁷. En nuestra propuesta, hemos añadido una nueva dimensión, la mediática; además, denominamos a cada una de estas dimensiones como una capa diferente, asumiendo que las capas son extensiones espaciales con ciertas condiciones, así como ensamblajes materiales donde algo puede hacerse posible o suceder. Son planos de la realidad o mundos de la vida (lebenswelt) donde ocurren los fenómenos sociales.

El modelo de varias capas de Bratton (2015) ha sido posteriormente adaptado a los estudios tecnopolíticos por Toret, Calleja-López, Aragón, Miró y otros (2013) y más tarde por Paola Ricaurte específicamente para Tlatelolco Lab. El esquema multicapa que proponemos busca abordar los fenómenos tecnopolíticos estudiados considerando la forma en que estos intervienen y se ven afectados por las calles, los medios de comunicación masiva y las plataformas sociodigitales.

Figura 2. Esquema del modelo multicapa (física, mediática y digital)



Fuente: Toret, Calleja-López, Aragón, Miró et al., 2013

⁷ En el modelo de Bratton (2015) todo lo que ocurre en Internet está contenido entre cinco capas o layers, la de los usuarios, las interfaces, las direcciones IP, las ciudades, la nube o la dimensión de las bases de datos, y la Tierra o la infraestructura técnica anclada a lo terrestre. Sin embargo, el autor pondera que hay capas físicas (usuarios, ciudades, infraestructuras, territorios) y digitales (interfaces, protocolos, datos).

Tabla 1. Capas de la realidad social

Capa	Objeto(s) de estudio	Plataformas, espacios o tecnologías
Física	Las relaciones de poder, las luchas de interés y los debates políticos desde la experiencia de los actores.	Eventos históricos, foros, calles, comunicados y espacios públicos.
Mediática	El discurso mediático, su transición en diferentes emisores y la formación de opinión pública.	Materiales periodísticos y medios de comunicación masiva.
Digital	Las tensiones de actores y narrativas en las diferentes plataformas digitales.	Twitter, Facebook, YouTube y WhatsApp

Fuente: elaboración propia

→ 2.1. La capa física

La capa física se refiere a la dimensión offline de los fenómenos estudiados. Aquello que ocurre en las calles, detrás de las pantallas, así como las experiencias narradas de los actores involucrados en el fenómeno. Para abordar esta capa recurrimos a técnicas de investigación cualitativa como: entrevistas, grupos de discusión, observaciones etnográficas, recopilación y análisis de testimonios, etc. O a técnicas cuantitativas como encuestas o sondeos. Así también, se pueden incluir otras aproximaciones, como la revisión documental de memorias de eventos, transcripciones de declaraciones o conferencias, y diversos materiales hemerográficos, así como el análisis de actores políticos, el reconocimiento del espacio físico por medio de la observación y el contraste de mapas, o la investigación de contextos históricos por el acceso a fuentes primarias y secundarias.

El análisis de la capa física permite indagar en la voz y experiencia de los actores detrás de las pantallas, en las calles y en las movilizaciones. En ellas se condensan elementos históricos y sociales más amplios, normas y valores, que, al conjugarse con las representaciones mediáticas o las expresiones en los entornos digitales, permiten una interpretación mucho más amplia y situada del fenómeno. Es decir, las experiencias narradas de los actores no nos interesan en sí mismas, sino como parte de un entramado cultural que permite comprender mejor las prácticas y discursos involucrados en la cultura política y los medios. Además, en esta capa podemos observar las formas de organización y protesta en las calles, testimonios de figuras públicas, las voces y posicionamientos de las y los ciudadanos, así como las estrategias de censura o represión que pueden ejercer ciertos grupos de poder. También, es posible analizar cómo las narrativas políticas se acompañan de acciones que las dotan



de performatividad o concreción, al colocar el cuerpo, la oralidad y la ocupación de los espacios en los procesos de participación ciudadana. De la misma forma, la capa física revela quién está detrás de los discursos que circulan en las capas mediática o digital o las trayectorias y conexiones entre los actores.

Una de las técnicas que utilizamos para abordar esta capa es la entrevista, que consiste en una interacción temporal y espacialmente situada que permite a quien investiga acceder al “universo de significaciones de los actores” (Guber, 2008) a través de narraciones verbales que pueden referir a acciones, valores, ideas, normas, experiencias, emociones, no sólo presentes, sino pasadas, futuras, imaginadas de quien narra o de terceros. Es un encuentro en el que quien investiga no sólo obtiene respuestas verbalizadas, sino información derivada de la observación del contexto, de la situación concreta, de las actitudes corporales de la/el informante y una serie de elementos observables en esa interacción. En el Tlatelolco Lab llevamos a cabo entrevistas no directivas, es decir, con un guión temático, pero lo suficientemente flexibles para dar lugar a otros temas que surjan en la conversación. Así mismo, dependiendo de las condiciones y el contexto, existe la posibilidad de hacer entrevistas remotas, utilizando herramientas digitales de videollamadas (Archibald, M., et al. 2019).

Los grupos de discusión son otra técnica útil para el análisis de la capa física. Propuesta por Bohnsack (2004), es una vía privilegiada de acceso a un tipo de información que otras técnicas difícilmente pueden alcanzar. Consiste en la recreación de la interacción colectiva entre un grupo de sujetos que comparten rasgos en común; quien investiga sugiere temas a discutir a fin de revelar a través de la observación, registro e interpretación de la interacción colectiva “patrones colectivos de significación” que orientan las acciones de los sujetos. Además, debe ser lo suficientemente flexible para dar lugar a temas que surjan de manera espontánea entre quienes participan. A través de los grupos de discusión surge el conocimiento compartido, los valores, normas, significados en torno a una experiencia o tema común. Por lo cual es una “herramienta importante para la reconstrucción de los contextos sociales y de los modelos que orientan las acciones de los sujetos” (Weller, 2006, p.246).

Finalmente, los datos obtenidos en la capa física, permitirán orientar la exploración en las capas digital y mediática. Así, por ejemplo, el contenido que las personas entrevistadas hayan señalado como fuente de información que siguen, los hashtags que utilizan para expresarse y organizarse, los líderes de opinión que siguen, etc. serán posteriormente analizados con técnicas de investigación digital como extracción de datos o visualización de redes, entre otras.

→ 2.2. La capa mediática

En la capa mediática se sitúan, además de medios independientes y alternativos, los medios masivos de comunicación (mass media) así como sus diferentes productos (noticias, entrevistas, artículos, columnas, reportajes) y sus formas de emisión (prensa, radio, televisión, periodismo web). Es donde analizamos el papel del ecosistema mediático en la propagación de desinformación, la polarización de discursos y la construcción y difusión de narrativas. Asimismo, observamos con qué recursos económicos y materiales cuentan los diferentes medios, cómo se contraponen o corresponden las coberturas mediáticas, periodistas y analistas políticos, cuáles son las líneas ideológicas de cada medio, cuál ha sido su participación en algún debate público, y cómo pretende incidir en la opinión pública.

Algunas metodologías que utilizamos en el estudio de la capa mediática son la investigación documental, el análisis de contenido para textos y encabezados, mediante técnicas como la frecuencia de palabras o el análisis de sentimientos; el seguimiento de temas y noticias en distintos medios; el análisis de opinión pública, observando cómo se editorializan, comentan o distribuyen los textos periodísticos; y el análisis crítico del discurso en declaraciones de figuras públicas, analistas y periodistas.

Siguiendo a autores clásicos de la comunicación, Scolari (2015) propone la metáfora “ecología de medios” para entender el funcionamiento actual de la capa mediática. Por un lado, “los medios crean un ambiente que rodea al sujeto y modela su percepción y cognición” y por otro, “son como especies distintas que viven en el mismo ecosistema y establecen relaciones entre sí”. Es así que el ecosistema de medios se refiere a esa interrelación entre distintas “especies” de medios (masivos, digitales, impresos, etc.) que se afectan entre ellas, y que, a su vez, tienen impacto en la capa digital (por ejemplo, lo que sucede en Twitter puede comentarse en la televisión). Asimismo, la capa mediática entra en relación directa con la física, puesto que hay interrelaciones entre los medios y los sujetos (por ejemplo, las plataformas digitales o la televisión orientan una forma de consumo de información distinta a la de la prensa escrita). Por todo lo anterior, el ecosistema de medios favorece “una serie de combinaciones, marcos y relaciones que permiten la circulación de un mismo mensaje a través de distintas plataformas y entornos mediáticos” (Press y Williams, 2010: p. 112).

Gracias al ecosistema mediático se puede hacer un seguimiento puntual de los discursos que se forman, legitiman y difunden en las calles, los medios masivos e Internet. También, en el ecosistema de medios la producción, circulación y consumo



de información responde a factores tecnológicos, contextuales y políticos (Canavilhas, 2011); es decir, lo que los medios producen no está exento de intereses.

En el marco de una democracia liberal, la mayor parte de los medios de comunicación masiva y las plataformas sociodigitales son administrados por empresas, aunque estos también se encuentran acotados por parámetros normativos y disposiciones internacionales. Hay medios de carácter público o semipúblico y otros con financiamiento mixto, empresarial y gubernamental, pero predominan los corporativos mediáticos. De igual manera, hay casos de medios independientes o comunitarios que no pertenecen a empresas, sino a asociaciones civiles o colectivos ciudadanos, aunque esto resulta poco común, o bien, estos medios no obtienen los recursos ni la visibilidad que los que están sostenidos por la lógica empresarial. Por estas razones, al interior y exterior de los medios existan discusiones sobre si sus agendas deben obedecer a su propio interés corporativo, a los asuntos de la ciudadanía o a los hechos y problemas de la esfera política. No obstante, los medios de naturaleza privada tienden a anteponer líneas discursivas que favorecen a determinados grupos oligárquicos, pues adquieren como prioridad el garantizar su manutención y maximizar sus utilidades (Chomsky y Herman, 2002).

Es por esta razón que, al hablar de una economía política de medios de comunicación, algunos factores que se toman en cuenta son, la transparencia en las propiedades, capitales, inversionistas y trabajadores de cada medio; las fuentes de información; la cobertura (es decir, medios agremiados, uso de tecnologías electrónicas y digitales o índices de audiencia); y, por último, el sesgo (bias) ideológico o la línea periodística de cada medio (Prat y Stromberg, 2013). Cabe mencionar que, al destacar aquí el concepto de economía política de medios o media political economy remitimos al pensamiento de Alesina (2009) que lo asume como el conjunto de capitales, modos de producción, comercios y relaciones de poder alrededor de los medios masivos como un sector industrial o postindustrial que genera, tanto emisiones energéticas (radiofónicas, televisivas) como productos discursivos (la prensa, los videos, los audios) y construcciones de sentido. Adicionalmente, según Alesina, no se descarta que las interacciones y pugnas en materia económica tengan repercusiones en el panorama étnico, democrático, de género o de creencias dominantes. De forma similar, Castells (2009) habla de que, en la era de la información, o sea, los tiempos contemporáneos, en los que el uso de las telecomunicaciones es el principal soporte de la política o de la economía, los medios en Internet son la base de los procesos macroeconómicos y de cualquier tipo de vínculo internacional, laboral o de mercado. Por eso, así como hay una economía política de medios, también los medios participan en la economía política de los países y del comercio global.

Por otra parte, la visión de la economía política de medios de Mosco (2010) se basa más en los procesos de intercambio de información, tales como la mercantilización, que comprende las compra-ventas, inversiones, fusiones y absorciones entre medios; la estructuración (o desestructuración) que implica la composición corporativa de cada medio; la especialización, que analiza los temas a los que se dedican los medios, según su perfil, comunidades e intereses; y la praxis, que consiste en las implicaciones culturales, sociales o políticas de un medio, una vez que este comunica dentro de una población.

Se debe señalar que el ecosistema de medios está intervenido por múltiples alianzas y tensiones entre actores corporativos, partidos políticos, grupos sociales y figuras públicas, por lo que es un sistema dinámico, caracterizado por acomodados y reacomodados de poder, disputas por el control de la verdad, y luchas por capitales financieros e informáticos, pero también simbólicos y afectivos (Foucault, 1972, 197; Hobbs, 2008; Lazzarato, 2016). Con esta perspectiva, puede decirse que el propósito de los actores que intervienen en la capa mediática es generar, reproducir y legitimar discursos. El discurso se entiende, en esta lógica, como un conjunto de ideas que se enuncian a partir de soportes técnicos, como puede ser el lenguaje oral o escrito, y distintas formaciones histórico-discursivas (ideologías, contextos, campos de saber, instituciones). Partimos, en este argumento, de que el fin de todo discurso es la persuasión: hacer que alguien haga, piense, sienta o diga algo, de un modo determinado. No obstante, hay que tomar en cuenta que todas las micropolíticas de la capa mediática dependen también, en gran medida, de infraestructuras, títulos de propiedad intelectual, contratos y transacciones que potencian o limitan a cada medio.

→ 2.3. La capa digital

Por último, en la capa digital, que es aquello que ocurre en sitios y plataformas de Internet, mezclamos la etnografía digital con la ciencia de datos mediante un abordaje multiplataforma que toma en cuenta Facebook, Twitter, YouTube y WhatsApp, analizando las diferentes expresiones ciudadanas dentro de los espacios sociodigitales. Esto, con el fin de observar la diversidad de actores mediáticos, comunidades o redes y el despliegue de sus relatos, narrativas, comportamientos en línea en el marco de conflictos, coyunturas, disputas por el sentido común; sin descuidar el análisis de las infraestructuras, capitales, marcos normativos y economías que rodean a cada plataforma.



Debido a la diversidad de la información que puede ser obtenida desde estas plataformas, el análisis de la misma puede realizarse desde distintas perspectivas, como por ejemplo la ciencia de redes y el aprendizaje de máquinas. En el caso de la plataforma Twitter los datos a los que es posible tener acceso, permite construir redes de interacción, en donde los nodos corresponden a cuentas de usuarios en la plataforma y los enlaces a distintos tipos de interacción entre ellos, como por ejemplo hacer Retweet, responder o citar la publicación de otras cuentas. Una vez que se han construido estas redes entre cuentas partiendo de publicaciones alrededor de cierta temática en particular, es posible analizarlas por medio de distintas técnicas de la ciencia de redes como la identificación de comunidades, la clasificación de cuentas con respecto a distintas medidas de centralidad o explorar la evolución temporal de los enlaces en dichas redes. Estas aproximaciones pueden ser útiles para identificar actores y dinámicas clave en la conversación que se lleva a cabo en estas plataformas. Así mismo, es posible aplicar modelos de aprendizaje de máquinas para realizar análisis de sentimiento de las publicaciones de los usuarios en la plataforma, identificar patrones de actividad de las cuentas, entre otros. Este tipo de análisis pueden ser aplicados para la identificación de técnicas de manipulación y automatización del contenido en las distintas plataformas sociodigitales.

Si bien la acción y la interacción social se extienden en un continuo online-offline, consideramos que ciertas prácticas sociales ocurren únicamente en cada una de estas extensiones espaciales que hemos llamado capas. Por tal motivo, utilizamos metodologías y técnicas de investigación que aborden lo que los actores, grupos y comunidades dicen, hacen y dicen que hacen en la capa digital. Desde esa dimensión utilizamos etnografía digital, entrevistas no directivas y semiestructuradas. Además, analizamos grandes volúmenes de datos que son resultado de interacciones sociales y computacionales mediante la analítica Big Data y la ciencia de datos.

Desde estas perspectivas metodológicas también analizamos diversos fenómenos propios de la capa digital. Particularmente porque las plataformas sociodigitales permiten ciertas posibilidades de desinformación y ataque político distintas a las que intervienen en otras capas, como la apertura de cuentas marioneta o sockpuppets, el uso de bots o técnicas de automatización digital, y la saturación orquestada de mensajes por medio de grupos de personas contratadas para manipular el debate público, lo cual Tlatelolco Lab ha denominado como automatización social.

En el caso de las plataformas sociodigitales como Facebook o Twitter, como al hablar de los medios de comunicación masiva, no puede perderse de vista que se trata de empresas transnacionales que juntan diversas instalaciones físicas, como los



centros de datos (data centers) las oficinas de seguridad y desarrollo informático y los consorcios empresariales, con capitales informáticos, como bases de datos y algoritmos de vigilancia (reconocimiento facial, geolocalización, registro de IPs). Asimismo, es imposible comprender el funcionamiento de la capa digital sin una larga cadena de producción material e inmaterial donde intervienen fábricas de servidores, sistemas de cableado, suministros energéticos y trabajadores (desarrolladores, ingenieros, moderadores de contenido, marketers e influencers) así como usuarios que aportan datos personales al interactuar con cada plataforma.

▶ 3. Los enfoques analíticos

En la construcción de su marco teórico, Tlatelolco Lab utiliza tres cortes o enfoques analíticos que se interrelacionan entre sí, y que se ordenan de menor a mayor complejidad. En primer lugar, se parte de la desinformación y polarización, que son conceptos que provienen de la tradición liberal, para entender cómo se propagan contenidos engañosos o se tergiversan discursos en las capas física, mediática y digital. Aunque este primer enfoque es muy útil para ver cómo se disputan e interpretan algunos sentidos, no va más allá de una distinción somera entre lo verdadero y lo falso, y sólo permite develar posiciones extremistas o contraposiciones. Además, al estar asociado con la liberal-democracia, el enfoque de la desinformación y polarización asume que el rigor y la verdad en términos científicos (lo medible, verificable, capaz de ser atestiguado) son los máximos valores de la lucha política, el periodismo o los debates sociodigitales, dejando de lado que muchas de las estrategias que falsean o manipulan verdades obedecen en realidad a intereses, grupos y relaciones de poder⁸. Finalmente, otra limitación de la desinformación y polarización es que analiza las construcciones de sentido tomando en cuenta únicamente ciertos cortes temporales; es decir, lo que es verdadero o extremista en cierto momento específico. Pero no va más allá: no observa los porqués de la configuración del discurso, sus fines implícitos, su evolución ni sus condiciones de producción, circulación o recepción.

Como segundo enfoque, Tlatelolco Lab usa la disputa de narrativas, que le permite conocer los posicionamientos, argumentos y disensos de diferentes actores políticos de la capa física, mediática o digital. A diferencia de la desinformación y polarización, la disputa de narrativas provee un esquema más complejo, capaz de visibilizar y analizar las tensiones entre actores y colectividades. Ya no existe un discurso que se asume como verdadero o mesurado, sino varias narrativas que entran en pugna, a partir de los intereses y genealogías que acompañan a los participantes del debate público. Con esto se realiza una evaluación más certera de cualquier conflicto, tomando en cuenta las búsquedas, acomodos y acciones de cada actor, por encima de caer en presuposiciones. No obstante, las narrativas aún se mueven en el plano de la discursividad y las textualidades, por lo que no avanzan hacia el análisis de las infraestructuras, capitales o negociaciones que acompañan a los actores políticos, y que muchas veces rebasan el plano de lo que enuncian o de su comunicación abierta.

⁸ Como antes hemos destacado, algunos problemas de la mirada liberal, y posteriormente neoliberal, de la democracia es que tiende a colocar el papel de la toma de decisiones en las instituciones gubernamentales o en las corporaciones. Algunos estudiosos de la desinformación y polarización pueden asumir que existen grupos de poder responsables de poseer o legitimar la verdad, así como contrapoderes que buscan falsearla. Asimismo, pueden llegar a asumir que el papel de los medios de comunicación es verificar la verdad y combatir la polarización, cuando, en realidad, se observa lo contrario: que las corporaciones de medios y los grupos políticos de cualquier ideología pueden utilizar estrategias de desinformación con tal de impulsar o demeritar agendas.

Por lo antes expuesto, el laboratorio utiliza como tercer enfoque los aportes de la economía política, que estudia las estructuras, recursos y búsquedas que entran en tensión ante cada problemática. Así, Tlatelolco Lab trasciende el estudio de los lenguajes y sus formaciones para investigar las materialidades y los acontecimientos, sin descuidar las confrontaciones al nivel de los cuerpos, las desigualdades histórico-sociales, las afectividades y los derechos ciudadanos.

→ 3.1. Polarización y desinformación

En la formación de discursos en la calle, los medios y las plataformas sociodigitales, una cuestión actual puede ser la polarización, que consiste en la divulgación de discursos violentos o triunfalistas donde se caracteriza erróneamente, señala, denosta o convoca a atacar a una posición política contraria a la del mensaje que se difunde. Una característica clave de la polarización es acompañarse por discursos de odio o miedo, buscar la censura o supresión de la alteridad, el sesgo de la información que se busca o propaga, y el sentido de superioridad del grupo propio sobre los otros (Bernhard, Krasa y Polborn, 2008). Cuando la polarización domina la capa física, esto puede generar enfrentamientos entre facciones y conflictos civiles, pero cuando se sitúa en las capas mediática o digital, propicia guerras sucias o de información. En apariencia, las batallas mediáticas o sociodigitales no parecen desestabilizar instituciones o finalizar regímenes, pero no deben subestimarse, pues pueden llevar al golpe blando, que según Sharp (1993) consiste en deslegitimar, cuestionar u obstaculizar las disposiciones de un gobierno o grupo de poder sin la resistencia directa, pero sí reforzando el desacato y el descreimiento de sus medidas. En ocasiones, esta forma de acción puede poner fin al autoritarismo y llevar a la desobediencia pacífica, pero en algunos casos actuales no es así, pues es sólo una estrategia para que ciertas comunidades desconozcan y suplanten poderes legítimos con liderazgos arribistas que tienden a la polarización.

Otro problema, junto con la polarización, es la desinformación. Lo que se ha definido como una “crisis de desinformación”, “guerras de desinformación” o un nuevo “orden de desinformación” (Bennet y Livingstone, 2018) está configurando el panorama político mundial, ya que refleja mecanismos complejos para dirigirse a la opinión pública, el papel de las plataformas, las redes transnacionales de influencia y la crisis de la democracia liberal (Waterson, 2018).

Entendemos la desinformación política como un conjunto de fenómenos asociados con la manipulación de los flujos de información a través de diversas estrategias, con el fin de alcanzar fines políticos e incidir en la opinión pública. A través de estos mecanismos se busca transformar las percepciones, actitudes y conductas de los ciudadanos con respecto a un actor o hecho político. Es importante no confundir el concepto anglosajón de desinformación o disinformation con el de “malinformación” o misinformation.



Mientras el primero consiste en la tergiversación intencional, orquestada y maliciosa de información, la segunda es el uso de información errónea o la confusión a causa de la mala calidad en una investigación, la aplicación inadecuada de metodologías o la falta de verificación de datos. También las bromas, parodias o ironías pueden considerarse “malinformación” si sus fines son humorísticos, aunque, si su propósito es el desprestigio o ataque político, pasarían a formar parte de la desinformación (Hernon, 2002).

Entre la gama de mensajes que son utilizados para desinformar se encuentran incluidas las “noticias falsas” o fake news, los rumores, la información deliberadamente incorrecta sobre hechos, la información inadvertidamente incorrecta sobre hechos, la información políticamente sesgada, las llamadas “noticias basura” o junk news, que abordan temas triviales o personales de actores políticos, pero con resonancias morales o morbosas, los textos cargados de adjetivación, y las noticias “hiperpartidistas”. (Tucker, Guess, Barbera et al. 2018). También, otras estrategias son el contenido engañoso (teorías de conspiración, sociedades secretas, alarmismo), la manipulación de imágenes, los encabezados que no corresponden con contenidos, los datos imprecisos, y el uso de información fuera de tiempo o de contexto (Wardle y Derakshan, 2018). Hoy día, las numerosas noticias, iniciativas, reglamentaciones y respuestas de política pública promovidas por las organizaciones internacionales, los gobiernos, el mundo académico, los periodistas y las organizaciones de la sociedad civil reflejan los numerosos intereses en disputa y los poderosos actores y fuerzas que entran en juego al hablar de la desinformación (Tambini, 2017).

Con las tecnologías digitales la dimensión política de los medios masivos evoluciona. Las plataformas sociodigitales, al permitir que los usuarios articulen e intercambien discursos, facultan estrategias tecnopolíticas de desinformación (Kurban, Peña López y Haberer, 2017). Algunas de ellas son, por ejemplo, la automatización de cuentas, que consiste en mecanizar a través de herramientas computacionales cualquier tipo de proceso funcional de una plataforma con el fin de potenciar el mensaje político. Así, las prácticas como publicar, apoyar, seguir, etcétera, se realizan de manera automatizada (Woolley & Howard, 2016). Otra estrategia es la automatización social, referida en apartados anteriores, que consiste en llevar a cabo estas mismas prácticas, pero a través del trabajo manual y organizado de personas contratadas para ello; es decir, la apertura y llenado de cuentas engañosas, la producción de videos, páginas y mensajes para desinformar, o el pago por la circulación de ciertos contenidos engañosos en las plataformas digitales, entre otras. Con esto, se deja ver que no se puede desvincular las capas digital o mediática de la física, puesto que el reacomodo en las políticas de la información conlleva cambios laborales y económicos que afectan a las y los individuos.

Con la incorporación de las tecnologías digitales al ecosistema mediático los sujetos dejan de ser sólo consumidores pasivos, y adquieren un rol más activo. Participan en los distintos canales de comunicación que habilitan los medios, comentan y comparten los contenidos mediáticos, pero también los producen. Las y los ciudadanos han tomado las plataformas digitales como un espacio propio para la producción de contenido mediático, desplazando la autoridad que antes ejercían los medios corporativos sobre la construcción de narrativas. Esta participación más activa de la ciudadanía en el ecosistema de medios es parte fundamental de una cultura política democrática.

→ 3.2. La disputa de narrativas

El estudio de narrativas es un campo amplio, diverso y en constante transformación en las ciencias sociales y humanidades. Desde sus primeros usos en la investigación a la fecha, el concepto, así como la forma en la que se utiliza ha ido cambiando, ampliando y ajustando sus límites. Así, por ejemplo, en los años sesenta se empezó a utilizar para referir específicamente a las narraciones orales y se estudiaban como hechos lingüísticos que daban cuenta de sucesos pasados (Labov y Waletzky, 1967/1997).

Poco a poco, la definición meramente lingüística de las narrativas se fue ampliando para incorporar otros elementos. Por ejemplo, las narraciones personales presentes en documentos como memorias o cartas; las narrativas institucionales expuestas en los discursos, documentos oficiales de las instancias; narraciones orales producto de entrevistas, testimonios, expresiones de la vida cotidiana. Además, se rompió con la idea de que las narrativas sólo hacían alusión a eventos pasados, incorporando también el presente y el futuro. Así, las narrativas llegaron a comprenderse como una forma de acción social, en el sentido de que no son sólo expresiones verbales sino interacciones situadas en contextos culturales, históricos, políticos específicos (Chase, 2005). Estas interacciones pueden ser verbales, escritas, performáticas, visuales, auditivas, digitales; pueden ser personales o colectivas. Una de sus funciones principales es dotar de sentido a la experiencia (Patterson, 2013), para hacerlo, incluyen elementos emotivos, corporales y simbólicos que potencian tal función. Así, por ejemplo, una protesta social en la que se pone el cuerpo y se comparten elementos simbólicos y emocionales, construye una narrativa más fuerte que una protesta en la que sólo se emita un comunicado escrito y firmado.



En los estudios de caso elaborados por el Tlatelolco Lab nos centraremos en las narrativas colectivas. Siguiendo a Chase (2018), las definimos como un tipo de discurso que dota de sentido (es decir, ordena o da forma) a las experiencias, pasadas, presentes o esperadas, que posibilitan la comprensión de las acciones propias, de los demás, así como del curso y orden del mundo social. Las narrativas construyen un todo significativo que impone una forma de ver, entender el mundo y actuar en él.

Ahora bien, las narrativas no están exentas de conflicto, más bien están siempre en disputa, pues en ellas se construye el sentido común, la forma en la que se entiende el mundo. Cuando hablamos de “disputa de narrativas” nos referimos justamente a ese movimiento constante entre narrativa dominante (generalmente es una o pocas) y contra narrativas. Es decir, entre una forma dominante de ordenar y darle sentido al mundo (o a un suceso o serie de sucesos), y otras formas que contrarrestan ese sentido que se impone.

Emery Roe (1994) propone analizar las narrativas y contra narrativas para desentrañar contextos políticos de alta “incertidumbre, complejidad y polarización”. Si bien este autor se centra en el estudio de las políticas públicas, retomamos su planteamiento metodológico en el sentido de que quien investiga debe identificar la narrativa dominante, luego las contranarrativas y finalmente hacer una lectura de dicha disputa para lograr una mejor comprensión del contexto político. Además, el autor propone considerar la desigualdad de poder y los intereses de los agentes involucrados en la construcción de narrativas.

Siguiendo a Roe, Díaz Parra (2018) propone que la narrativa dominante se consolida, ya sea por la “amplitud de actores que la comparten, como por la fuerza que tienen para sustentar e imponer una visión oficial”. Mientras que las contra narrativas “son aquellas que se producen regularmente en las márgenes de la institucionalidad, defendida por actores con menor poder de incidencia o desde una perspectiva de contestación” (Díaz Parra, 2018, p. 32).

Así, la disputa de narrativas es en el fondo una contienda política por imponer una forma de entender el mundo o un suceso en particular. Esta disputa da cuenta de las transformaciones sociales más amplias, por lo tanto, es un movimiento constante y dialéctico que no se agota en una narrativa dominante y una contranarrativa, sino que a una contra narrativa que logra desafiar a la narrativa dominante, le sigue otra contra narrativa, y así sucesivamente.

Las disputas de narrativas que analizamos en los estudios de caso tienen lugar en un escenario complejo y que ha marcado el mundo social y político en los últimos años: el ecosistema mediático. Metodológicamente, en el Tlatelolco Lab, lo hemos abordado desde un enfoque que llamamos multicapa y multiplataforma, y que está descrito a detalle en el documento [Guía para la elaboración de estudios de caso.](#)

→ 3.3. La economía política crítica

El Tlatelolco Lab parte de un enfoque plenamente interdisciplinario y utiliza marcos teórico-metodológicos de las humanidades, las ciencias políticas, la ciencia de sistemas complejos y el análisis de datos, todo con una importante valoración del enfoque materialista que propone, filosóficamente, que más allá de las múltiples interpretaciones socioculturales de la realidad, también tienen un peso específico las bases y procedimientos políticos y económicos que articulan las relaciones entre los actores de diversos grupos humanos. Para Perry Anderson (1986) los procesos sociales, desde una postura materialista, expresan disputas y conflictos entre intereses de clase; éstos se basan en la búsqueda de distintos sujetos y comunidades para defender sus intereses, que bien pueden ser, detentar posiciones de autoridad, medios de producción, privilegios en el trabajo o formas de acumulación. Esta perspectiva, que es de tradición marxista, establece que toda sociedad requiere generar, distribuir, intercambiar y consumir bienes y servicios, y que los rumbos histórico-sociales han dependido de las luchas entre clases o sectores en pos de acaparar recursos y capitales (Dimmelmeier, Pürckhauer y Shah, 2016). Asimismo, propone que los conflictos entre clases llevan —y han llevado, históricamente— a desigualdades entre los diferentes colectivos, pues mientras los acumuladores o burgueses explotan y marginan a las clases laborales por medio del dominio de los medios productivos y del salario⁹, los proletarios o trabajadores se vuelven víctimas de la alienación, que se define como la falta de control de una persona o grupo social sobre su propio tiempo, condiciones de vida, trabajo, ganancias, e incluso cuerpo, preferencias o afectos (Sossa Rojas, 2010).

Con el materialismo como paradigma y el marxismo como aparato conceptual, surge la economía política crítica contemporánea (concebida en un inicio como una crítica a la economía política clásica de Adam Smith y David Ricardo como máximos exponentes), que puede entenderse como el estudio de la génesis, la consolidación o la desaparición de ciertas relaciones sociales, a partir de la concentración de riquezas y medios de producción (Laguna, Riella, Giometti et al., 2015). De acuerdo con esta perspectiva científica, todo fenómeno social parte de una mirada dialéctica, es decir, de la contraposición entre esencia y apariencia que se despliega a través de fuerzas y planos antagónicos donde se pueden agrupar distintos grupos. En la dialéctica, los grupos en tensión son, el que detenta poder y el que busca adquirirlo, llámese burguesía versus proletariado o corporaciones versus ciudadanía.

⁹ Sobre esto, comentaban Marx y Engels (1888): “la acaparación de la máquina como extensión de la división del trabajo, quita el carácter autónomo y la libre propiedad del obrero. (...) Los gastos del obrero, que se reducen al mínimo que necesita para vivir, pasan a ser administrados por la burguesía, que, al ser dueña de la máquina, tiene la potestad esclavizante” (p. 111).



Asimismo, se conciben dos planos estructurales cuyas interacciones son dialécticas, no deterministas entre sí: la infraestructura, que corresponde a los espacios, medios técnicos y capitales que permiten el ejercicio del poder, y la superestructura, que son aquellos componentes jurídicos, ideológicos, e incluso discursivos y afectivos que acompañan toda relación política-económica. Es posible decir que la economía política es una crítica rigurosa y sistemática al capitalismo moderno desde las ciencias sociales, pues más allá de solamente analizar las disputas entre grupos, es un estudio que evidencia el funcionamiento de las inequidades, los mecanismos que conducen a ensanchar la pobreza, y cómo se podrían reivindicar los derechos de las clases desfavorecidas.

Es relevante considerar que, en el conflicto por el acaparamiento o la socialización igualitaria de capitales, no sólo están en juego los medios de producción ni la acumulación financiera, sino también valores culturales, medios de comunicación y legitimidad discursiva. De este modo, las luchas estudiadas por la economía política no se limitan a lo estrictamente económico, sino que son también controversias por dirigir el pensamiento social imperante. Aquí, puede entonces explicarse el concepto de hegemonía trabajado por Gramsci (1972). Para este pensador, los conflictos por valores dominantes y deberes culturales eran tan importantes como las crisis por el capital, por lo que la hegemonía se entiende como un conjunto de herramientas ideológicas, ideas, instituciones y productos de la cultura que se colocan a la cabeza de una sociedad (Alvarez Gómez, 2016). El problema del pensamiento hegemónico del capitalismo es, según Gramsci, que sienta bases para las desigualdades, el poder concentrado en las élites y la explotación de los sujetos a partir del trabajo y del consumo.

En este punto, es pertinente una pregunta: ¿cómo utiliza Tlatelolco Lab la economía política, si bien sus investigaciones se enfocan en temas que rebasan la economía, y que, más bien, hablan de democracia, tecnologías y participación ciudadana? Una de las discusiones más profundas desde el enfoque de la economía política respecto a estos temas tiene que ver con la concepción de poder. Mientras que para los enfoques convencionales que dominan el análisis de los ecosistemas mediáticos el poder es una especie de coproducción, es relativo, cambiante; para la economía política el poder es, ante todo, dominación. De esta manera, desde el primer ángulo quedan diluidos los intereses de clase y proyectos políticos que sustentan la lógica de acción de los medios, mientras que para el segundo ángulo los medios son esencialmente mecanismos de control social que alteran la democracia.

En este sentido, para los enfoques convencionales, la actual revolución de los medios digitales viene a ser una especie de quiebre de la “dictadura mediática” y la transición hacia un “ecosistema” con mayor apertura en el que la ciudadanía puede disputar el poder de la comunicación y la información. Para la economía política esta concepción implica riesgos, porque no podemos pensar las redes digitales como algo



neutral o como sólo una arena donde se disputan intereses encontrados; en realidad, las redes sociodigitales están claramente inclinadas hacia un lado u otro de la disputa, principalmente del lado de las redes de poder y capital en las que la mayoría están incrustadas. La prueba de ello son las decisiones unilaterales de censurar a tal o cual cuenta.

El enfoque de la economía política de los medios no está exento de matices y debates internos. Por un lado, se observa la profunda influencia del concepto de industrias culturales que ha sido retomado de manera dialéctica en trabajos como el de Noam Chomsky y Edward S. Herman (1990) con su “Modelo de propaganda y control de medios”, pero también hay quienes ponen más el énfasis en las relaciones corporativas (Almirón, 2006). Desde el primero de estos ángulos los medios tienen una función claramente ideológica (inculcar en las masas conductas proclives a la reproducción capitalista); y desde el segundo, los medios son también armas políticas de intervención política. El avance de los estudios sociales que habla ya no de una sociedad de masas, sino de una sociedad de identidades han causado mella en el debate de las industrias culturales. Sin embargo, algunos de estos estudios muestran que también las identidades han sido convertidas en mercancías mediante procedimientos que incluyen tecnologías para hacer que la diferencia se integre al proceso de reproducción capitalista (Therborn, 2017).

Debe comprenderse que, en Tlatelolco Lab, la economía política es una base o cimiento teórico, pero que el laboratorio concibe, en concordancia con autores como Mouffe y Laclau (1987) que vivimos en un mundo donde el capitalismo ha logrado desterritorializar y acelerar sus abusos e intercambios, llevando la alienación y la acumulación a ámbitos más allá de los bienes, servicios y discursos. Por ende, nuestra visión de economía política, como antes mencionamos, coexiste y debate con esquemas analíticos postmarxistas como el de Mouffe y Laclau antes destacado, donde la mirada dialéctica se adapta al agonismo pluralista, y donde las luchas por la democracia involucran las corporalidades, los géneros, los datos informáticos y los afectos.

▶ 4. Las temporalidades de análisis

Como parte de su proceso de investigación, Tlatelolco Lab divide los eventos políticos que desea estudiar en tres temporalidades: la coyuntura, el hecho social y el conflicto estructural de larga duración. A cada dimensión temporal le corresponde una distinta profundidad en el estudio. Así también, las temporalidades están relacionadas entre sí, pues un hecho se compone de varias coyunturas, o puede tratarse de una coyuntura que evoluciona hasta consolidarse como un evento de importancia social o política. Así también, los conflictos estructurales de larga duración no pueden entenderse sino como una colección de coyunturas y hechos.

→ 4.1. Coyunturas

Una coyuntura es un hecho emergente e inesperado que coloca actores, narrativas o problemáticas inesperadas o poco observadas en el mapa político, cambiando el statu quo de determinado contexto histórico. Mientras el hecho o evento social, como veremos más adelante, puede considerarse como un fenómeno concluido del pasado reciente con antecedentes, inicios, auge y conclusión, la coyuntura es actual y sus impactos aún se desconocen. En ocasiones, los acontecimientos coyunturales pueden devenir en eventos históricos, según su repercusión en el futuro y la fuerza con la que reorganicen las condiciones sociales (Žižek, 2014).

Para aproximarse a una coyuntura, Tlatelolco Lab comienza detectando una tendencia en la capa digital. Como criterios para elegir un acontecimiento con el cual trabajar se toma en cuenta: 1) su interconexión con otras tendencias o disputas recientes (es decir, que no se trate de un caso aislado, sino de un hecho que resulta de una problemática que ha tenido relevancia en últimas semanas); 2) su resonancia en dos de tres capas de la realidad, sobre todo en la capa digital y la capa mediática; y 3) su relación con actores políticos de peso, o con agendas de interés para la ciudadanía.

→ 4.2. Eventos o hechos sociales

Los eventos o hechos sociales son un conjunto de circunstancias, actores, intereses y discursos que componen un evento relevante para el panorama político, económico o social que se encuentra conectado con otros eventos de la historia reciente. Aunque ocurre en un tiempo corto (de unos meses a una década) contiene relevancia para el inconsciente colectivo, pues atraviesa las capas física, mediática y digital, por lo que es trascendente para la comprensión de futuros eventos y para la caracterización de actores políticos (Valencia, 2010; Rodríguez Díaz, 2013).

El concepto de hecho social proviene de Durkheim (1895) quien refiere que, cuando una serie de acontecimientos, acciones, emociones o conflictos afectan la realidad objetiva, más allá de la conciencia de un solo sujeto o de una comunidad pequeña, e inauguran nuevas corrientes de ideas, instituciones, identidades y problemáticas, se puede hablar entonces de la socialidad de un evento. Según este autor, los hechos sociales tienen características y repercusiones que comparten todos los miembros de una misma sociedad; modifican la política, los espacios compartidos, la situación económica o la cultura; y llevan a afrontar cambios en la vida cotidiana y en la esfera pública.

Tlatelolco Lab puede elegir investigar eventos o hechos sociales relacionados con: a) la disputa de narrativas provenientes de la hegemonía neoliberal previa al proyecto transformador de 2018 en México, en contraste con las perspectivas de culturas políticas horizontales, libertarias y genuinamente ciudadanas; b) grupos o personas que por sus búsquedas, intereses o acciones son clave para propiciar la democracia u obstaculizar el bienestar del debate público; c) hechos sociales y políticos que motivan la organización de comunidades ciudadanas y la aparición o apertura de debates democráticos; y, d) la observación de espacios, plataformas o herramientas que fomentan la democratización de discusiones o procesos, o que, por el contrario, promueven la desinformación, el odio o el miedo. De este modo, los casos pueden delimitarse por distintas miradas o aspectos de investigación: discursos, actores, acontecimientos o entornos.

→ 4.3. Conflictos estructurales de larga duración

Según Braudel (1979) la historia se construye en temporalidades cortas o medianas que aportan a la existencia de etapas más amplias, en las que, a pesar de existir diferentes hechos y emergencias, se mantienen problemáticas que pueden llevar varios años o incluso siglos. En este sentido, la larga duración es una acumulación de un grupo de eventos sociales que conservan ciertas características o que pueden agruparse bajo la lógica de periodos amplios. Por ejemplo, en las investigaciones del interés de Tlatelolco Lab, la etapa histórica correspondiente a la formación e imposición del neoliberalismo en México puede asumirse como un periodo de larga duración, pero se puede analizar bajo la misma óptica la etapa 2018-2020, que corresponde a un cambio de régimen con nuevas condiciones sociopolíticas.

La larga duración permite abordar un conjunto de coyunturas y eventos. Es posible que un acontecimiento sea tan determinante que inicie una etapa de larga duración, aunque no todos los hechos sociales provocan conflictos estructurales de esta índole. Sin embargo, la labor de Tlatelolco Lab, al concentrarse en las coyunturas emergentes y en los hechos más extensos, permite realizar prospectivas o análisis sobre la posibilidad de que surjan largas duraciones, o bien enmarcar los tiempos y problemáticas estudiados en temporalidades históricas más largas.

► 5. Productos de investigación

Tlatelolco Lab realiza tres tipos de productos de investigación, partiendo de tres delimitaciones temporales: los informes de coyuntura política, los estudios de caso y el informe anual.

→ 5.1. Informes de coyuntura

Estos informes tienen como propósito dar cuenta de los mecanismos que se ponen en operación desde diferentes frentes mediáticos para sostener el discurso neoliberal, así como los esfuerzos que, en contraparte, buscan impulsar y defender los valores democráticos que corresponden al bienestar de la ciudadanía. Son una herramienta para el análisis y comprensión de acontecimientos relevantes del acontecer político nacional cotidiano. En ocasiones, debido a su carácter casi inmediato, responden a un estudio multiplataforma, pero no necesariamente multicapa. En ellos se da énfasis a las tendencias y debates de la capa digital.

Para comenzar con un informe de coyuntura es necesario detectar una tendencia en la capa digital. Como criterios para elegir un acontecimiento con el cual trabajar se puede tomar en cuenta: 1) su interconexión con otras tendencias o disputas recientes (es decir, que no se trate de un caso aislado, sino de un hecho que resulta de una problemática que ha tenido relevancia en últimas semanas); 2) su resonancia entre la capa digital y la capa mediática; 3) su relación con actores políticos de peso, o con agendas de interés para la ciudadanía.

Tabla 2. Procesos del informe de coyuntura

Análisis de la capa física	Análisis de la capa mediática	Análisis de la capa digital
<p>1.1. Investigación de la coyuntura y su contexto</p> <p>1.2. Identificación y análisis de actores</p>	<p>2.1. Identificación de la coyuntura en medios de comunicación (a través de tweets y videos de YouTube)</p> <p>2.2 Seguimiento mediático al tema.</p> <p>2.3 Selección de notas informativas, videos y fotografías significativas para el tema.</p> <p>2.4 Identificación de actores relevantes y sus vínculos.</p> <p>2.5 Análisis complementarios: notas, titulares e imágenes.</p>	<p>3.1 Minería de datos y muestreo del número de datos (si es necesario)</p> <p>3.2 Estructuración y limpieza de bases de datos</p> <p>3.3 Análisis de nodos, redes, estructuras y tendencias.</p>

→ 5.2. Estudios de caso

Los estudios de caso corresponden a eventos históricos que, por su distancia de algunos meses desde el momento actual, pueden ser analizados desde sus contextos, actores, espacios, discursos y consecuencias políticas o sociales. Se trata de procesos donde intervienen hechos en las tres capas que investiga Tlatelolco Lab, la física, la mediática y la digital. La noción de “estudio de caso” surge en la medicina, sin embargo, desde las ciencias sociales se ha incorporado como una forma de hacer investigación en la que “el análisis de un caso específico produce nuevas preguntas, cuyas respuestas pueden ayudar a comprender lo que pasa en el mundo social” (Becker, 2014, p. 3). Es así que, el análisis de un caso concreto no agota su explicación en sí mismo, sino que conduce a la comprensión de procesos sociales más amplios. Por otra parte, los estudios de caso pueden confrontar planteamientos teóricos con evidencia empírica, y de esa confrontación, construir nuevas hipótesis y reformulaciones teóricas (Fonseca, 1998).

En Tlatelolco Lab elaboramos estudios de caso críticos o coyunturales (Flyvbjerg, 2004), es decir, aquellos casos que contribuyan a la comprensión de procesos sociales más amplios. Casos que tienen cierto peso histórico, pues su desarrollo conduce a cambios socioculturales. Además, siguiendo los objetivos del Proyecto PRONACES “Democracia, culturas políticas y redes socio-digitales en México en una era de transformación social”, nos enfocamos en casos que involucran a las tecnologías, los medios de comunicación, las culturas políticas y la democracia.

Finalmente, todos los casos que analizamos surgen como coyunturas, pero no todas las coyunturas que analizamos derivan en estudios de caso. Esto dependerá de las decisiones del equipo, así como de la pertinencia y concordancia con los objetivos del proyecto PRONACES en el que se enmarca el Tlatelolco Lab.

→ 5.3. Informe anual

El informe público anual del Laboratorio Digital para la Democracia Tlatelolco Lab, consistirá en un reporte que exponga el “Estado de la Democracia Digital” en México. Este documento se construirá a partir de una serie de dimensiones e indicadores para medir la Democracia Digital, así como de los distintos análisis de coyuntura y estudios de caso que el Tlatelolco Lab genere durante el año. Por ende, se puede decir que el Informe anual consta de dos partes: 1) Actores, temas y debates de la democracia en la capa digital. Y 2) Análisis de iniciativas, proyectos y plataformas de democracia digital en el año.



Con este Informe el PUEJJS busca contribuir a la discusión pública y servir de referente para comprender el proceso de cambio político, la participación de sus diferentes actores y el estado actual de la democracia en la dimensión digital. Por otra parte, cada año el Tlatelolco Lab presentará el trabajo realizado en el marco de las actividades comprometidas del PUEJJS ante el CONACyT en el marco del Programa Nacional Estratégico. En este se expondrán aquellas actividades, entregables, documentos o herramientas que se hayan comprometido al inicio de cada periodo anual.

► Referencias

- Ackerman, J. (2014). Sin protesta no hay democracia. *Artículo 19*: <https://articulo19.org/john-ackerman-sin-protesta-no-hay-democracia/>
- Ackerman, J. (2015), *El mito de la transición democrática. Nuevas coordenadas para la transformación del régimen mexicano*. Planeta, México.
- Ackerman, J. (2017). Ya no tenemos miedo. *La Jornada*. <https://shorturl.at/efnEM>
- Alvarez Gómez, N. (2016). El concepto de hegemonía en Gramsci: Una propuesta para el análisis y la acción política. *Revista de Estudios Sociales Contemporáneos*, 15(1), pp. 153-219.
- Almirón, Nuria (2006), *Poder financiero y poder mediático: banca y grupos de comunicación*. Barcelona: Tesis Doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Almond, G. y Verba, S. (1962). *The Civic Culture. Political attitudes and democracy in five nations*. New York: Princeton University Press.
- Anderson, Perry (1986), *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Archibald, M., et al. (2019) Using Zoom Videoconferencing for Qualitative Data Collection: Perceptions and Experiences of Researchers and Participants, *International Journal of Qualitative Methods*, Vol.18, September 2019.
- Bard Wigdor, G. (2018) Culturas políticas (Re)significando la categoría desde una perspectiva de género; Universidad Nacional Autónoma de México; *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*; 61, pp. 137-166.
- Becker, H. (2014) *What about Mozart? What about murder? reasoning from cases*. The University of Chicago Press.
- Bennet, W.L. y Livingstone, S. (2018). The disinformation order: Disruptive communication and the decline of democratic institutions. *European Journal of Communication*, 33(2), pp. 122-139.
- Bensaid, D. (2010). Recreando el proyecto socialista. Tomado de Democracia socialista: <http://www.democraciasocialista.org/?p=2877>
- Bernhard, D., Krasa, S. y Polborn, M. (2008). Political polarization and the electoral effects on media bias. *Journal of Public Economics*, 92(5-6), pp. 1092-1104.
- Bobbio, N. (1982). *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bobbio, N. (1984), Las promesas incumplidas de la democracia, tomado de <https://bit.ly/3IUGLWH> última consulta 7 de diciembre, 2020.
- Bohnsack, Ralf, 2004. Group discussion and focus group. Flick, Uwe, Kardofe. (ed.) *A Companion to Qualitative Research*. Londres, Reino Unido: SAGE, 214-221.
- Barandarain, X., Di Paolo, E. y Rohde, M. (2009). Defining Agency: Individuality, Normativity, Asymmetry, and Spatio-temporality in Action. *Adaptive Behavior*. 2009;17(5), pp. 367-386.



- Bratton, B. (2015). *The Stack: On software and sovereignty*. Cambridge: MIT Press.
- Burtenshaw, C. (1970, ed. 2011). The political theory of pluralist democracy. *The Western Political Quarterly*, 21(4), pp. 577-587.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Madrid: Paidós.
- Canavilhas, J., (2011) El nuevo ecosistema mediático. *Índex. Revista Científica de Comunicació*, 1(1). <https://bit.ly/39Zm5Iu>
- Canseco, A. (2018). Matrices y marcos: dos figuras del funcionamiento de las normas en Judith Butler. *Areté. Revista de Filosofía*, 30(1), pp. 125-146.
- Castells, M. (2017), *Ruptura. La crisis de la democracia liberal*, Alianza, Madrid.
- Chase, S. (2018) *Narrative Inquiry: Toward Theoretical and Methodological Maturity*, The SAGE Handbook of Qualitative Research, Los Ángeles: SAGE, p. 946-965.
- Chomsky, N. y Herman, E. (1990). *Los guardianes de la libertad. Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Chomsky, N. (1991). *Ilusiones necesarias. Control del pensamiento en las sociedades democráticas*. México: Ediciones Prodhufi.
- Chomsky, N. y Herman, E. (2002). *Manufacturing consent: the political economy of mass media*. Cambridge: MIT Press.
- Dahl, R. (1971). *La poliarquía. Participación y oposición*. Madrid: Cátedra.
- Dahlgren, P. (2006). Doing citizenship: The culture of civic agency in the public sphere. *European Journal of Cultural Studies*, 9(3), pp. 267-286.
- Dallorso, N.S. (2012). Notas sobre el concepto de *dispositivo* para el análisis de programas sociales. *Espiral: Estudios sobre Estado y Sociedad*, XIX(54).
- De Landa, M. (2016). *Assemblage theory*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Deleuze, G. (1987). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G. (1989). ¿Qué es un dispositivo? Varios autores (1995). *Michel Foucault, filósofo*. Barcelona: Gedisa.
- Deleuze, G. (1995). Post-scriptum sobre las sociedades de control. *La isla desierta y otros textos*. Madrid: Pre-Textos.
- De Sousa, B. y Meneses, M.P. (2009). *Epistemologías del sur*. Madrid: Akal.
- Díaz Parra, K.Y. (2018) *Autogestión y desarrollo. Tensiones narrativas en torno a la política de planeación participativa en San Vicente del Caguán - Colombia, 2011-2017*. Tesis de Maestría en Desarrollo Regional. El Colegio de la Frontera Norte.
- Dimmelmeier, A., Purckhauer, A. y Shah, A. (2016). Las perspectivas de la economía política marxista. *Exploring Economics*, tomado de <https://www.exploring-economics.org/es/orientacion/marxist-political-economy/>
- Dobb, M. (1973). *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith: Ideología y teoría económica*. Buenos Aires: Siglo XXI.



- Edwards, P. y Hecht, G. (2010). History and the technopolitics of identity: The case of apartheid in South Africa. *Journal of South African Studies*, 36(3), pp. 619-639.
- Espinosa, M. (2009). La participación ciudadana como una relación socio-estatal acotada por la concepción de ciudadanía y democracia. *Andamios*, 5(10).
- Flyvbjerg, B., (2004) Cinco malentendidos acerca de la investigación mediante los estudios de caso. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, No. 4, pp. 33-62.
- Fonseca, C. (1998) Quando cada caso NÃO é um caso, Pesquisa etnográfica e educação, en *Revista Brasileira de Educação*.
- Foucault, M. (1972). *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- Foucault, M. (1975). *El orden del discurso*. México: Tusquets.
- Foucault, M. (1978). La voluntad y las formas jurídicas. *Obras esenciales*. Madrid: Paidós.
- Galloway, A. (2011). *Protocol*. Cambridge: MIT Press.
- Guber, Rosana, 2008. El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Buenos Aires: Paidós.
- Habermas, J. (1962). *Historia y crítica de la opinión pública*. Madrid: GG.
- Harnecker, M. (1969). Los conceptos elementales del materialismo histórico. México: Siglo XXI.
- Harvey, D. (2005). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hassan, Z. (2014). *The Social Labs Revolution: A new approach to solving our most complex challenges*. Cambridge: MIT Press.
- Hobbs, M. (2008). On discourse and representation: reflections on Michel Foucault's contribution to the study of mass media. *The Annual Conference of Australian Sociological Association (TASA): Re-imagining Sociology*. Sydney: TASA-University of Sydney.
- Hecht, G. (ed.). (2008). *Entangled Geographies: Empire and technopolitics in the Global Cold War*. Cambridge: MIT Press.
- <https://articulo19.org/john-ackerman-sin-protesta-no-hay-democracia/>
- Jenkins, H. y Thoburn, D. (2011). The Digital Revolution, the Informed Citizen and the Culture of Democracy. *Democracy and New Media*. Cambridge: MIT Press.
- Kurban, C., Peña López, I. y Haberer (2017) ¿Qué es la tecnopolítica? Un esquema conceptual para entender la política en la era digital. *Revista de Internet, Derecho y Política*, (24-), pp. 3-20.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red*. Madrid: Manantial.
- Latour, B. & Woolgar, S. (1995). *La vida en el laboratorio: la construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza.
- Labov, W. y Waletzky, J. (1967) Narrative analysis. J. Helm (ed.), *Essays on the Verbal and Visual Arts*. Seattle: U. of Washington Press. Pp. 12-44
- Lazer, D., Pentland, A., Adamic, L., Aral, S., Barabasi, A.L., Brewer, D., Christakis, N., Fowler, J., Gutmann, N., Jebara, T., King, G., Macy, M. & Roy D., Alstynne, V. (2010). Social science. *Computational social science. Science*, 31(5915), pp. 720-723.



- Lazzarato, M. (2016). *Por una política menor*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Lessig, L. (2006). *El código 2.0*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Lessig, L. (2019). *They don't represent us. Reclaiming our democracy*. New York: Harper Collins.
- Martínez de la Escalera, A.M. & Lindig, E. (2019). Tecnologías de la crítica. https://mx.ivoox.com/es/voces-intercambio-tecnologias-critica-audios-mp3_rf_45118908_1.html
- Marx, K. y Engels, F. (1888, ed. 2005). *Manifiesto del partido comunista*. Madrid: Gredos.
- Mitcham, C. (1994). *Thinking through technology: The path between engineering and philosophy*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Morey, M. (2010). *Escritos sobre Foucault*. México: Sexto Piso.
- Morlino, L. (2014), Informe sobre la calidad de la democracia en América Latina, IDEA Internacional, San José, Costa Rica.
- Mouffe, C. (1993). *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. México: Planeta.
- Mouffe, C. (2010). *La paradoja democrática: El peligro del consenso en las sociedades contemporáneas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Morozov, E. (2018). El capitalismo digital y sus descontentos. El lado oscuro de la libertad de Internet. *Cuaderno de Trabajo I*. Madrid: Museo Reina Sofía.
- Norman, D. (1999). Affordances, invention and design. *Interactions*, 6(3), pp. 38-43.
- O'Donnell, G. (2007), Hacia un Estado de y para la Democracia, en Democracia, Estado y Ciudadanía. Hacia un Estado de y para la Democracia en América Latina, PNUD, Lima, Perú.
- Patterson, W. (2013). Narratives of events: labovian narrative analysis and its limitations. In Andrews, M., Squire, C., & Tamboukou, M. *Doing narrative research* (pp. 27-46). 55 City Road, London: SAGE Publications, Ltd.
- Política Comunicada (2018). Innovación ciudadana: Los laboratorios ciudadanos. <https://politicacomunicada.com/innovacion-ciudadana-los-laboratorios-ciudadanos/>
- Press, A. & Williams, B. (2010). *The New Media Environment*. London: Wiley-Blackwell.
- Ramge, T. y Mayer-Schonberger, V. (2018). *Reinventing capitalism in the age of Big Data*. Basic Books: New York.
- Regan, P. (1995). *Legislating privacy. Technology, social values and public policy*. North Carolina: The University of North Carolina Press.
- Ricaurte, P. (2012). Twitter y el simulacro político. *Revista Mexicana de Comunicación*, 1(130). <http://mexicanadecomunicacion.com.mx/rmc/2012/06/19/twitter-y-el-simulacro-politico/>
- Ricaurte, P. (2013). Tan cerca de Twitter y tan lejos de los votantes: Las estrategias de los candidatos presidenciales mexicanos durante la campaña electoral de 2012. *Versión. Estudios de comunicación y política*, 1(31).
- Roe, E. (1994) *Narrative Policy Analysis. Theory and Practice*. Londres: Duke University Press.



- Rovira, G. (2016). *Activismo en red y multitudes conectadas*. Barcelona: Icaria-UAM Xochimilco.
- Sartori, G. (2013). *¿Qué es la democracia?*. Madrid: Taurus.
- Simondon, G. (1953). *Ensayos sobre la técnica*. Buenos Aires: Taurus.
- Schwartz, P.M. (2002). Voting technology and democracy. *New York University Law Review* (77), pp. 625-626.
- Scolari, C. (2015) *Ecología de los medios. Entornos, evoluciones e interpretaciones*. Barcelona: Gedisa.
- Sharp, G. (1993). *De la dictadura a la democracia. Un sistema conceptual para la liberación*. México: Instituto Albert Einstein.
- Shirky, C. (2012). The political power of social media: Technology, *Public Sphere and Political change*, 90(1), pp. 28-41.
- Sommerville, P. (2011). Democracy and participation. *Policy and Politics*, 39(3), pp. 417-437.
- Sossa Rojas, A. (2010). La alienación en Marx: el cuerpo como dimensión de utilidad. *Revista de ciencias sociales*, 25(1), pp. 35-77.
- Srnicek, N. (2019). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Talend (2019). What is Data Lab? (And how to get started). <https://bit.ly/33AcBR8>
- Tambini, D. (2017). *Fake news: public policy responses*. London: London School of Economics.
- Therborn, Göran (2017), *Nuevas masas. Nuevos medios*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Tucker, J., Guess, A., Barbera, P., Vaccari, C., Siegel, A., Sanovich, S., Stukal, D. y Nyhan, B. (2018). Social media, political polarization, and political disinformation: A review of the scientific literature. *SSRN*. <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.3144139>
- Van der Linde, G. (2014). ¿Por qué es importante la interdisciplinariedad en la educación superior? *Cuaderno de Pedagogía Universitaria*, 4(8), pp. 11-12.
- Wardle, C. y Derakshan, H. (2017). *Information disorder: Toward an interdisciplinary framework for research and policy making*. Belgium: Council of Europe.
- Waterson, J. (2018). Coronavirus: Why are your parents sending so much fake news? *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/news/audio/2020/mar/25/going-viral-fake-news-and-covid-19>
- Winner, L. (1985). *La ballena y el reactor*. Barcelona: Gedisa.
- Weller, V. (2006). Grupos de discussão na pesquisa com adolescentes e jovens: aportes teórico-metodológicos e análise de uma experiência com o método. *Educação e Pesquisa*, 32, 2, maio-agosto, 2006, 241-260, Brasil: Universidade de São Paulo.
- Woolley, S. & Howard, P. (2016). Automation, algorithms and politics. *Political communication, computational propaganda and autonomous agents*. *International Journal of Communication*, 10.
- Žižek, S. (2008). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.
- Zuboff, S. (2019). *The age of surveillance capitalism*. New York: Public Affairs.